

OPINIÓN

El mundo de hoy, un diagnóstico geopolítico¹

Javier SOLANA DE MADARIAGA²

Se me ha pedido hablar de un tema fácil, de cómo está el mundo hoy y cómo hemos llegado hasta aquí. Para ello, haré un pequeño recorrido histórico, remitiéndome única y exclusivamente al Siglo XXI. Estamos en el año 2017, llevamos pues tan sólo 17 años en el nuevo siglo, y, si yo les pidiera que echaran la vista atrás y se situaran el año 2000 y vieran lo que nos ha pasado a todos en estos 17 años, nos quedaríamos sorprendidos de que, prácticamente, no hay un solo día o semana que no será recordada por una u otra razón de manera profunda.

Por lo tanto, vamos a empezar por dónde estamos hoy, realizando a continuación un pequeño viaje a lo largo del Siglo XXI, atendiendo a lo que éste nos tiene que decir y llegando a la conclusión de por qué estamos donde estamos.

Actualmente, nos encontramos en una situación verdaderamente particular. El viejo orden liberal internacional –que ha sido el que nos ha gobernado desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días– ha entrado en crisis. Y ha entrado en crisis, no porque países que pertenecieran a otro orden hayan tratado de que éste no funcionara. Si lo pensamos bien, este orden se quiebra por acontecimientos que suceden en países que pertenecen a este mismo orden liberal. La llegada del presidente Trump a Estados Unidos es la significación más clara de que el orden liberal no puede funcionar si la persona más importante del mundo –y represen-

¹ Transcripción autorizada por Barcelona Tribuna y realizada por Marta Isabel Campos Ríos, de la Conferencia de Javier Solana dictada el 18 de septiembre de 2017. Barcelona Tribuna es un foro de opinión y debate plural e internacional que se reúne periódicamente con destacadas personalidades del mundo económico, social, cultural y científico.

² Presidente del Centro de Economía y Geopolítica Global de ESADE.

tante de este viejo orden liberal del que hablamos— deja de ser liberal. Asimismo, el segundo país que históricamente ha sido representante del orden liberal global, Gran Bretaña, decide también romper con la Unión Europea y convertirse en un país liderado “no se sabe muy bien por quién” y en unas circunstancias cuanto menos difíciles, aunque por el momento su economía parezca que no se resiente al respecto (dentro de poco veremos cómo la realidad discrepa de la opinión general). Por lo tanto, estamos ante una situación muy compleja para aquellos países que pertenecen al viejo orden liberal global. En cuanto a los países que se encuentran fuera del orden liberal global, China está adquiriendo una posición de gran potencia, no sólo ya en el pacífico, donde posee numerosos recursos, sino que empieza a manifestarse como una potencia global.

Pero, ¿cómo hemos llegado hasta aquí? Hemos llegado hasta aquí porque los representantes del orden liberal global han perdido los papeles y quienes parecían que querrían hacerles la competencia, ya sea China o India, no son los que crean la dificultad sino que los obstáculos vienen desde dentro.

Como decía, empezaremos este viaje a lo largo del Siglo XXI desde el principio. El siglo empieza fundamentalmente con dos grandes cuestiones, una de carácter político y otra de carácter económico. La de carácter político sin ningún género de dudas es el 11 de Septiembre. El 11 de Septiembre, con el atentado de las Torres Gemelas, abre un período de tiempo desde el cual hoy todavía sufrimos sus consecuencias. En el orden económico, el momento más relevante tiene lugar en diciembre de ese mismo año, cuando la Organización Mundial del Comercio abre las puertas a China para ser miembro regular de la misma, siendo éste el instante más importante para la globalización del país.

Si avanzamos un poco más en el siglo estamos en seguida en la guerra de Afganistán y en una Guerra más importante si cabe, que es la Guerra de Irán–Irak. La Guerra de Afganistán es una guerra que surge por la respuesta a los sucesos acontecidos cuando la todavía Unión Soviética se encontraba en territorio afgano. Pero fíjese usted que llevamos diecisiete años de guerra en Afganistán, y el presidente Trump, que había dicho que no enviaría más soldados a “guerras inútiles”, acaba de tomar la decisión de enviar más tropas a esa guerra que él mismo calificó como inservible. No obstante, y como decía anteriormente, merece la pena que hagamos un mayor inciso en el conflicto iraquí, ya que es en ese momento donde surge por primera vez un gesto o un símbolo de ruptura en el bloque occidental y entre el bloque occidental y el bloque no occidental.

Si recuerdan ustedes, el desarrollo de la Guerra de Irak tuvo un debate parlamentario en Naciones Unidas muy fuerte. Dicho conflicto rompió literalmente el

Consejo de Seguridad de Naciones Unidas en dos, rompió las instituciones, rompió la Unión Europea, rompió nuestro país... es decir, fue una de esas decisiones que, podríamos decir, no tuvieron los consensos nacionales o globales suficientes. Y quiero que quede claro que todavía sufrimos las consecuencias de esa guerra. Cuando decimos que estamos peleando contra el ISIS o contra el DAESH, éstos no son más ni nada menos que aquellos militares de Saddam Hussein que fueron expulsados por aquella idea genial de los americanos cuando decidieron que había que desmasificar el país y echar a todo aquel que había tenido algún contacto con Saddam Hussein fuera del sistema para el futuro. Por tanto, fíjense bien como las consecuencias de aquella guerra sucedida en 2003 son arrastradas y sufridas hasta el día de hoy, en el año 2017.

Dando un pequeño salto desde el 2003, nos centramos en el año 2008. En 2007 ocurre un acontecimiento muy importante energéticamente: es el momento en el que Estados Unidos empieza a utilizar esa palabra tan desagradable, el "fracking", pero que al mismo tiempo, alberga tantos recursos, ya que se trata al fin y al cabo de una nueva técnica para generar energía del subsuelo, provocando así poco a poco la autonomización de los americanos con respecto a sus principales proveedores de gas y petróleo. Esto supuso un cambio estratégico global muy importante, y del cual derivaron consecuencias geopolíticas que analizaremos posteriormente.

En 2008, pasaron a mi juicio varias cuestiones tanto de carácter político como económico que no debemos de olvidar. De carácter político la más importante es que, por primera vez, Rusia toma la decisión tras la caída del muro de Berlín de atacar militarmente a la antigua República Soviética, dando lugar así a la batalla entre Rusia y Georgia durante los Juegos Olímpicos de Pekín. Precisamente, tampoco fue cosa baladí la apertura de aquellos Juegos Olímpicos, el momento más glorioso de los últimos tiempos de China. En aquel instante, todos los ciudadanos del mundo pudieron darse cuenta desde las pantallas de sus televisores que había llegado una nueva potencia y que había llegado para quedarse.

El tercer suceso, que a mi parecer es quizás el más importante, es la noche de Septiembre en la que *Lehman Brothers* cae y el día en el que el secretario del Tesoro Henry Paulson y el presidente de la Reserva Federal Ben Bernanke se reúnen con la señora Pelosi, la en aquel momento presidenta del Congreso de los Estados Unidos, y le admitieron atemorizados: "si no hacemos algo en este momento, la economía mundial *melts down*" (aquella fue específicamente la terminología que emplearon). Al día siguiente, desayunando con el senador Dodd, buen amigo mío y amante de la cultura hispana, me confesó: "esto es terrible Javier, no sé cómo saldremos de esta... vamos a tener que hacer algo importante".

Además, en ese mismo año, los americanos eligen a un gran Presidente: Barack Obama ocupa la presidencia en las elecciones de 2008. Por tanto, resulta evidente decir que el octavo año del siglo estuvo cargado de momentos de gran relevancia histórica que conllevaron sin duda una innumerable cantidad de consecuencias globales.

De las cuestiones de aspecto económico hablaré poco, pues es bien conocido por todos lo que ocurrió. No obstante, de la parte política si veo conveniente realizar algunas puntualizaciones, puesto que la entrada en tensión entre Rusia y Georgia pone de manifiesto que la caída definitiva del muro de Berlín, la reunificación alemana y todo lo que ella traía consigo no estaba bien asentada. Por tanto, vemos un problema de consolidación entre Rusia y sus antiguas repúblicas y entre Rusia y el mundo occidental.

Recuerden que en 2007, en la Conferencia anual de Seguridad celebrada en Múnich, Putin ya hizo su primera declaración de disconformidad e insatisfacción con todo lo que estaba ocurriendo en el mundo tras la caída del muro. Aquellas fueron las primeras tensiones manifestadas por parte del país ruso, inesperadas, por supuesto, por el resto de los allí presentes. A partir de ese momento, la inestabilidad política y la crisis económica mundial hicieron resurgir el ahora tan conocido *Grupo de los 20 (G-20)*, una reunión de ministros de finanzas y de jefes de Estado, que serán los que final y verdaderamente frenen la caída del sistema financiero mundial.

Una vez mencionado lo anterior, demos un pequeño salto al año 2011. En 2011, quizás lo más importante es algo que también estamos sufriendo todavía: las Primaveras Árabes. Este fue un momento precioso, primaveral, vivido con mucho entusiasmo... pero que se ha convertido en algo especialmente doloroso. Tras la Revolución de la Primavera de Túnez, el movimiento se traslada a Libia, donde comienza la problemática real debido a su ruptura con el mundo occidental. El bombardeo a Libia fue aprobado por una resolución del Consejo de Seguridad apoyado por Rusia y China, quienes, en sus explicaciones de voto, especificaron que votarían a favor conjuntamente en esa decisión con la condición de que ninguno de los dos actuara más allá de los límites establecidos en la resolución. En el caso de que así fuera, y se incumpliera sustancialmente lo pactado, aquella sería la última vez que se apoyarían respectivamente. Y así ha sido.

La Primavera Árabe continúa por Egipto, provocando la caída de Mubarak con ella. Pero, sin duda, el punto más importante de este suceso es Siria, ya que allí los rebeldes de la zona se encuentran con una familia que lleva décadas gobernando el país y no está dispuesta bajo ningún concepto a dejar el poder. Ello conlleva el

inicio de una guerra que hoy todavía no tiene fin y que podemos categorizar como catastrófica, puesto que no sólo contiene los ingredientes de un conflicto clásico entre rebeldes y los partidarios de la familia Ásad, sino que además tiene en su seno una de las batallas más importantes del mundo islámico: la batalla entre los chiítas (descendientes del sobrino de Mahoma) y los sunitas (descendientes de Mahoma). Y aun teniendo en consideración este enfrentamiento religioso, debemos de hacer hincapié en el hecho de que esta guerra es de mucho peores características que la Guerra de los Treinta Años entre cristianos católicos y cristianos protestantes.

Por si fuera poco, además de todo lo anteriormente citado, aparece una nueva guerra entre las principales potencias islámicas, entrando también en ella Turquía y Rusia y, quedando por tanto a un lado el mundo occidental de la misma. Pero, ¿por qué se involucra Rusia en este conflicto? Porque Siria es el único lugar donde la Unión Soviética tenía una base militar fuera de sus territorios y Rusia estaba dispuesta a recuperarla para volver a convertirse en una potencia mediterránea.

Entonces, ¿cuáles son las posibles soluciones a nuestra situación actual? Pues veamos, tenemos un conflicto que lleva ocho años abierto (y del cual no vemos por el momento posibilidades de paz), la presencia del presidente Trump que dificulta las alternativas para llegar a acuerdos, una fuerte implicación de Rusia en la guerra y el apoyo fundamental de Irán al grupo chiíta en la guerra siria... En definitiva, tenemos entre manos una guerra en la que confluyen al mismo tiempo cuatro conflictos más, por lo que resulta tremendamente compleja la resolución de la problemática y el restablecimiento de la paz.

En cuanto a Europa, la situación ha sido especialmente dramática en el último año por la crisis de los refugiados derivada del conflicto sirio, transformando un problema de seguridad externo en una incertidumbre nacional. Es por ello por lo que, desde mi perspectiva, deberíamos de ser capaces de mirar con un mismo ojo la esfera internacional e interna en aras de recuperar nuestra propia seguridad.

Transportándonos al año 2016, caben resaltar dos sucesos históricos de extremada importancia: el triunfo del Brexit en Reino Unido y la llegada al poder de Trump en Estados Unidos.

En lo referente al Brexit, la situación actual de la separación del país inglés con respecto a la Unión Europea parece estancada a raíz de las últimas reuniones, en las que no se perciben nuevos avances en el diseño de la senda a seguir por los británicos. Todo parece indicar que no tienen nada claro cómo “mover ficha”, arreglar todas sus cuentas pendientes con la Unión Europea y establecer sus propios criterios e ideas comunes entre ellos (hemos de tener presente en este sentido

la incoherencia y contradicciones entre las declaraciones de Theresa May desde Florencia y de su Ministro de Exteriores desde Londres). Los más optimistas piensan que se podría llegar a un acuerdo en 2019 –fecha prevista por la ley– y disponer de unos años de adaptación en los que el Reino Unido siguiera formando parte de la unión aduanera, continuando por tanto dentro del mercado común. No obstante, dada la inestabilidad y escasa progresión de la situación actual en los últimos dos años, cabe reflexionar sobre la baja probabilidad de que finalmente el proyecto separatista inglés culmine en la fecha preestablecida.

Por otro lado, desde Estados Unidos, vemos como el presidente Trump, quien por su cargo debería de caracterizarse por ser líder de cooperación internacional, hace un empeño constante en popularizar el ya tan famoso “America first”. Esto, como es evidente, resulta catastrófico para la primera potencia mundial –y por tanto para el mundo–, puesto que en un mundo globalizado, los problemas generalmente son internacionales y necesitan como es lógico de una solución global y diplomática cuanto menos.

Lamentablemente, he de confesar que no puedo ser optimista ante las dos temáticas anteriormente planteadas. Más aún cuando ambas están sucediendo en un mundo sin dirección política aparente, derivada entre otros factores de la mala o distinta concepción que tienen las distintas sociedades con respecto a los conceptos de paz, guerra, solidaridad, justicia...y que a su vez provocan un efecto considerable en la crisis económica y el auge de China.

Como saben, la crisis económica, aunque empieza a mostrar signos de recuperación, está dejando a su paso numerosas consecuencias para la clase media de los países desarrollados especialmente. Mientras que éstos apenas perciben un incremento en sus retribuciones, el 1% de los ricos sigue recuperándose y enriqueciéndose, lo que debería como mínimo de alertarnos, pues, o somos capaces de establecer un nuevo pacto social que pueda hacer que toda esta situación tan dinámica en la que nos encontramos se retrotraiga a otra forma de crecimiento y de generar la política, o los ciudadanos de nuestros países en sus propios parlamentos nos advertirán de que no están dispuestos a sacrificarse o a defender ciertos valores por unos dirigentes políticos a los que desprecian y profesan un profundo desacuerdo con sus medidas y propuestas.

Otro de los grandes problemas actuales es, sin duda alguna, Corea del Norte y aquella guerra entre el norte y el sur que nunca llegó a concluir realmente. En este asunto vemos altamente difícil divisar posibles soluciones, puesto que es conocido que el presidente de Corea no desea ir a la guerra y a los presidentes de los países

que le rodean no les interesa un cambio de régimen (cualquier cambio de régimen que no esté bien diseñado es una gran tragedia, ya que ello supondría acoger a norcoreanos con una diferencia de renta considerable por parte de Corea del Sur o por China, lo que en cualquier caso también es poco probable por la ambición de poder de Kim Jong-un). La única solución viable a mi juicio sería un pacto de cooperación internacional entre China y Estados Unidos –Japón y Corea del Sur tienen poco o nada que hacer en este asunto–, pero, como bien saben ustedes, las evasivas actitudes de Trump y Xi Jinping frente a esta problemática que no identifican como propia de los países que presiden, no aspiran a contribuir al desenlace esperado por todos. Por su parte, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, con una férrea intención de castigar a Corea del Norte, ha firmado dos resoluciones destinadas a aplicar sanciones de tipo económico al pueblo coreano, de las que no albergó duda alguna de que provocarían el efecto deseado pero, en ningún caso remediarán verdaderamente problema.

Por otra parte, también es de extremada relevancia tener presente en este momento un acontecimiento singular en Europa: las elecciones alemanas del domingo que viene. En mi opinión, la victoria será claramente de Merkel, aunque no me atrevo a anticipar el partido con el que creará coalición: podrían ser los socialdemócratas, los liberales o los liberales manos verdes, pues no creo que la Alternativa Para Alemania consiga la suficiente fuerza o peso en los resultados de las próximas votaciones electorales.

Este último partido (Alternativa Para Alemania), de ideología de extrema derecha, tiene fundamentalmente su peso en la Alemania del Este, ganando en la ciudad de Dresde, curiosamente una de las más bombardeadas después de la Segunda Guerra Mundial. Ello nos debería de hacer reflexionar acerca de por qué es en Alemania del Este donde más extremismos o inestabilidad política surgen por nostalgias del pasado, cuando precisamente fue la parte del país más “estancada” frente a la avanzada Alemania Occidental.

Esta misma pregunta cabe cuestionarse con otros territorios europeos como Polonia o Hungría, que en su momento sentí gran satisfacción de darles entrada a la Unión y que, hoy, sin embargo, no me atrevería a integrarlos como miembros en la misma. Pero, ¿qué hemos hecho mal con aquellos países que procedían del frío pacto de Varsovia y que entraron en la OTAN y en la Unión Europea? ¿Por qué hoy sus esperanzas se han transformando en meras frustraciones? Es evidente que la crisis económica les ha afectado a sus economías, pero éste no puede haber sido el único factor que haya impedido su crecimiento con respecto al resto de países europeos.

Otro hecho preocupante es la tensa relación existente entre el señor Trump y la señora Merkel. Como se pueden imaginar, nunca fue del agrado de la Canciller alemana que el Presidente estadounidense le inculpara de obtener un superávit a su costa, reprochándole el robo de puestos de trabajo y el auge de su economía. Lo que es evidente, es que hasta que no se relajen las relaciones entre los dos líderes más importantes del mundo occidental, será altamente difícil llegar a soluciones comunes ante todos los problemas existentes de carácter transatlántico, europeo y americano. Y hoy más que nunca vemos como este requisito adquiere una relevancia sin precedentes, ya que por primera vez en mucho tiempo Europa parece estar creciendo por encima del Estados Unidos. No obstante, cabe resaltar que dichas relaciones transatlánticas no sólo deben tener un corte económico sino también de seguridad, pues resulta fundamental establecer y definir actualmente cual será papel en esta alianza de la OTAN y la Unión Europea en cuanto a defensa (tanto en ámbito de la *soft* como de la *hard security* –es decir, la seguridad militar–).

Por otro lado, también debemos de tener presentes unas elecciones importantísimas en China en el mes de octubre (recordemos que cada 4 años se celebra un congreso del partido donde se elige a las dos personas que van a dirigir el país durante los próximos 10 años). Por tanto, Xi Jinping, que se encuentra actualmente en la mitad de su mandato, deberá elegir en los próximos meses quiénes serán dentro de 4 años el Presidente y el Primer Ministro de China. En este sentido, hemos de atender a un hecho peculiar con respecto a la figura del actual Presidente chino: es el primer hombre en décadas en conseguir ser equiparado a Mao Zedong y Deng Xiaoping, obteniendo el mismo título por el partido. Esto quiere decir que indudablemente la presencia de Xi Jinping en el poder será tan duradera como la de sus homólogos antecesores mencionados, lo que supone un problema añadido para Estados Unidos, que deberá de solucionar la falta de encuentro estratégico entre ambas potencias.

Asimismo, frente a todos los problemas actuales anteriormente planteados sólo podemos permitirnos adoptar una posición optimista, ya que resulta fundamental llegar a soluciones comunes por parte de nuestros dirigentes tanto a largo como a corto plazo. Esto a su vez nos hace darnos cuenta de un último problema en el contexto internacional: estamos gobernando nuestros países de una forma fundamentalmente táctica, pero la mayoría de los problemas mundiales actuales son estratégicos. Por tanto, la conclusión es que nuestros líderes deberán de empezar a mirar más hacia el futuro a la hora de diseñar políticas o dirigir negociaciones –como sí es el caso del presidente chino o ruso–.

Pese a que nuestro horizonte más próximo es ciertamente impredecible y aún hemos de comprobar el alcance del poder Putin en los próximos 4 años, es cierto que podemos aventurarnos a pensar que el poder se debatirá entre el "G-3" de Rusia, Estados Unidos y China, principalmente.

Como dato, me parece relevante destacar que en el año 2008 –año en el que se reúne por primera vez el G-20–, China alcanzó un número similar de votos en el Fondo Monetario Internacional de los que obtuvo Bélgica, lo cual es bastante significativo teniendo en cuenta el nivel de importancia y el volumen de población de ambos países. Es decir, que pensar que con las estructuras globales surgidas a partir de la Segunda Guerra Mundial seremos capaces de enfrentar los retos actuales y adaptarnos a una nueva era de auges de otras economías que se encuentran fuera de esas instituciones originales es, prácticamente, una utopía. En este aspecto, las alternativas parecen ser claras: o adaptamos nuestras instituciones para dar cabida a las nuevas potencias emergentes o ellos empezarán a constituir las suyas.

Un ejemplo bastante claro de lo anterior vuelve a ser China. Hasta el momento, la potencia asiática ha ido aumentando progresivamente su número de votos, haciéndolo casi proporcional a su Producto Interior Bruto, y tan sólo ha creado una nueva organización propia: el Banco de Inversiones Industriales de China. No obstante, éste es un banco al cual se han adherido inmediatamente los países europeos, transformando una amenazadora iniciativa china en una organización que los europeos hemos dotado de carácter internacional. Por su parte, resulta llamativa la ausencia de los americanos en dicho organismo, una decisión que Obama lamentó gravemente en su momento por no haber sido capaz de pactar la entrada de los Estados Unidos en el mismo, evitando así que dicha institución tan potencialmente poderosa tuviera un carácter exclusivamente nacional.

En conclusión, como digo, resulta imprescindible llegar a soluciones comunes a través de instituciones efectivas –y por tanto adaptadas al nuevo contexto político económico– en las que todos podamos contribuir al alcance de medidas tanto estratégicas como tácitas que nos ayuden a afrontar adecuadamente todos los retos que actualmente nos amenazan.